

Un melindroso entre los indios

Juan Carlos Orrego Arismendi

Yo, el último de tres hermanos con padre muerto, me convertí, por culpa de mi madre, en el rey de los caprichos gastronómicos. En mi plato de frijoles solo admitía “tinta” y arroz, pero siempre y cuando la primera estuviera lo suficientemente aguada; los fideos de la sopa debían quedar duros, pero sin exageración; del huevo —que solo comía cocinado— nada más podían servirme la clara; mis lácteos se reducían al helado —desde que no fuera de nata— y a dos bolitas de mantequilla en el vientre de una arepa redonda y muy caliente; la salsa de tomate no podían ni mostrármela; hacía bascas si por casualidad la carne tenía algún “ñervito”; la ensalada no podía llevar ni cebolla ni cilantro, y así por el estilo. A nadie debe sorprender que, lleno de melindres y lagunas alimenticias, a los 11 años fuera diagnosticado como anémico.

Cuando, a pocos meses de terminar el bachillerato, anuncié que quería estudiar antropología, la alarma cundió entre mis allegados por las múltiples razones de rigor: ¿No se me ocurría que había carreras mejores? ¿En qué iba a trabajar? ¿No había advertido que todos los antropólogos eran sucios y marihuaneros? Y, por supuesto, alguien dijo —fue la única objeción razonable— que los antropólogos solían pasar muchos días fuera de casa, sometidos a costumbres alimenticias muy particulares. ¿Acaso creía yo, el niño mimado por antonomasia, que podía vencer en un reto semejante? Por supuesto, la cuestión no dejaba de espartarme, pero como, a fin de cuentas, ya había dejado atrás algunos resabios —para entonces me comía el huevo completo y admitía queso en el sánduche—, y como —sobre todo— faltaban muchos años para ejercer la carrera, seguí adelante en mi proyecto y, en los primeros

días de 1992, me matriculé como uno más entre los estudiantes de la “ciencia del hombre” en la Universidad de Antioquia.

Tuvo que pasar una década para que la vieja amenaza de la salida de campo se hiciera realidad, pues, por mucho tiempo, me puso a salvo mi perfil de antropólogo de poltrona. Pero en octubre de 2002 me vi forzado a engancharme en un proyecto de investigación en el que debía cumplir con una estadía de campo en el Trapecio Amazónico, estadía que tuvo lugar durante la primera quincena del siguiente febrero. Con una profesora de la universidad, a la sazón compañera de trabajo, fui a Leticia y más tarde a Puerto Nariño, el otro municipio de aquel departamento selvático. En un momento de la expedición, yo debía quedarme en la capital amazónica y visitar un caserío indígena ubicado sobre la carretera Leticia-Tarapacá, donde era preciso recoger testimonios personales y relatos ancestrales de boca de los ancianos sabedores. Mi compañera, con un pie en la lancha que debía llevarla a Puerto Nariño, río arriba, me advirtió:

—Cuando vayás al kilómetro 7 —así se conocía a la comunidad— llevás cosas para dormir, porque seguro ellos te van a decir que te quedés.

Sentí, con angustia, que de esa manera se dictaba mi sentencia, y no otro era mi estado de ánimo cuando, cinco días después, bajé de una mototaxi junto a la plazoleta de la aldea. Por orden de Jitoma Safiama, el líder de la parcialidad, un joven salió a recibirme y me llevó hasta un rancho vacío, y poco después puso en mis manos un vaso repleto de caguana de chontaduro. Con solo sentir su olor oleaginoso me

sentí morir. Sin embargo, no tuve más remedio que apurar un trago de la bebida, cuya densidad aceitosa me produjo una sensación molesta, agravada por el hecho de que los grumos de almidón de yuca que no habían alcanzado a disolverse en la suspensión quedaron adheridos a mi quisquillosa garganta. No sé cómo, tomé un trago más, pero entonces mi estómago empezó a sacudirse con las contorsiones que, bien sabía yo, iban a llevarme a la vergüenza del vómito si antes no hacía algo para impedirlo. Acalorado de vergüenza y consciente de que violaba lo que me habían vendido como una regla de oro de la etnografía —aquello de que la peor ofensa que se puede hacer a un anfitrión es no comer su comida—, dije al muchacho:

—Hermano, ¿sabés qué? He estado con el estómago flojo, y me da miedo que esta caguanita me caiga mal.

Mi edecán no se inmutó, y con toda naturalidad se ofreció a cambiarme la espesa bebida por un vaso de agua fría. Aprobé su proyecto con alivio exultante, y más tarde, cuando me compartió un trozo de pescado ahumado con medio plátano cocido, los devoré al instante. La refacción, en verdad, estaba simple en extremo, pero en ningún sentido tenía mal sabor. Por haber sorteado la prueba de la caguana, me había llenado de ímpetus que hasta entonces no conocía, y me sentía dispuesto a poner todo de mi parte para que los habitantes del kilómetro 7 no descubrieran que entre ellos se había colado un antropólogo melindroso y del todo imposibilitado para vivir la vida real. En todo caso, todavía faltaban los retos de una larga noche y una mañana en el caserío.

Desde la media tarde y hasta mucho después de hacerse la oscuridad, estuve conversando con Jitoma Safiama, quien condescendió a contarme tantas cosas que, incluso, se refirió a la caída de las Torres Gemelas como una versión histórica del mito del derribamiento del Moniya Amena o árbol de la abundancia. Pero, para mi sorpresa, después de una larga pausa

que yo había interpretado como una puesta en orden de nuevas remembranzas ancestrales, el cacique me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Otro día seguimos hablando. Ya está tarde y usted debe agarrar camino a Leticia.

Por un momento se me ocurrió pensar que me estaban poniendo de patitas en la calle —o, más bien, en la carretera— en represalia por mi desplante con la caguana. Muy pronto advertí que no era eso lo que ocurría: a la misma hora salían, de otro rancho, un par de estudiantes de lingüística de la Universidad Nacional. Algo tendrían por hacer aquella noche en el kilómetro 7, y, fuera lo que fuera, no incluía hacerse cargo del hospedaje de tres foráneos. Pero, en lo que a mí respecta, nada podía hacerme tan feliz como la expectativa de volver a Leticia, colmada de restaurantes con pescado asado y caldo aguado de frijoles con ají. En consecuencia, no me importó caminar con las lingüistas durante más de una hora y a lo largo de una senda oscura —acaso surcada por mil serpientes—, amparados nada más que por la luz mortecina de una linterna vieja.

A tres días del fin de la estadía, mi compañera y yo debíamos visitar la maloca que Absalón Arango, un uitoto con padre paisa, había levantado cerca de la misma carretera Leticia-Tarapacá, solo que en un paraje mucho más internado que el que yo había visitado. Era la prueba final, pero al mismo tiempo la más dura: ya estaba concertado que íbamos a pasar una tarde y una noche allí, y que una mototaxi nos recogería a la mañana siguiente.

El recibimiento fue, una vez más, con caguana; y, una vez más, conseguí que me la cambiaran por un vaso de agua que, para mi tranquilidad, la mujer del anfitrión sirvió de un botellón. Cumplidos los ritos de bienvenida, nos acomodamos en el mambeadero con Absalón y otros nativos, y se echó a rodar una larga conversación sobre la historia de la construcción de la maloca y las gestiones del dueño para conseguir,

del gobierno local, los fondos necesarios para adecuar la aldea como centro turístico. Al rato, cuando los otros se habían ido para no sé dónde, recibí de Absalón las lecciones básicas sobre cómo chupar ambil de tabaco y cómo mambear; un aprendizaje que mi maestro me impartió con esmero, sin pasar por alto los aspectos lingüísticos del consumo de la hoja de coca:

—Nunca pidas el mambe directamente, compadre; sería como si le dijeras a una mujer: “¡Dame tu cosa!”.

Estaba tan entretenido en jugar a ser indio —por lo menos, en no ahogarme con el bolo seco de coca pulverizada—, que, cuando menos pensé, se llegó la hora de comer. Una mujer me alargó un plato de madera con un enorme pescado blanco en que todavía parpadeaban un par de astillas de brasa, y en cuyo lomo se distinguían, muy separados, puntitos de un condimento rojizo. Sobre el vientre sajado se apoyaban dos pedazos de torta de casabe. No lo podía creer: el condumio, además de aséptico, se veía apetitoso. Un vapor oloroso a pescado y ají subía directamente hacia mi nariz, mientras que los dedos de mis dos manos palpaban, simultáneamente, el blando mazo de la carne del pez y la reciedumbre del casabe crocante, servidos allí como los signos contrarios de una ecuación estructuralista. Me zampé todo en un dos por tres, y me costó no pedir más. Solo al rato vinieron a ofrecerme un vaso de caguana, pero nada más que como una formalidad: por no haber olvidado mi resistencia a la bebida, la mujer traía en la otra mano una totuma con un poco de agua. Absalón, más por decir algo que porque quisiera criticarme, sonrió con una picardía muy suya y dijo:

—Ustedes los de la ciudad no saben lo que es bueno, compadre.

Sentí el impulso de decirle que el pescado asado que acababa de comerme era lo más delicioso que había probado en toda mi vida, pero me contuve porque, simultáneamente, entendí que no se trataba de hacer travestismo cultural, esto

es, quitarme mis ropas medellinenses y colgarme los collares indios para, enseguida, denostar de la *Coca-Cola* y la hamburguesa (la hamburguesa sin salsas, se entiende). Pero también me daba cuenta de que en aquella maloca había tenido —gracias al contacto con costumbres que, por puro prejuicio, había creído opuestas a las mías— una valiosa revelación sobre mí mismo: que el sentido de mis caprichos gastronómicos no era otro que el de la afición por lo simple. Si no me gustaba el chontaduro —y por extensión la caguana hecha con él— era porque no era capaz de admitir en una misma experiencia lo grasoso y lo frutal; pero por las mismas razones había podido comer, con placer, un pescado condimentado de modo minimalista, acompañado nada más que con una torta tostada. En aquel confín de Colombia no había, para mi felicidad, ni salsas taimadas ni cosas lechosas, y las comidas parecían no incluir más de tres ingredientes. En cierto sentido, Absalón y los suyos eran como yo, y por descarte quedaba a mis hermanos y conciudadanos —amantes de la bechamel y de los abigarrados salpicones con helado— el papel de la extravagancia. Entendí que el hecho de que los hombres se me figuraran similares o distintos a mí no se debía a nada que fuera fijo en ellos, sino a la percepción, siempre cambiante, de su realidad compleja. Por lo que respecta a aquella noche en la maloca, yo me sentía muy cercano a sus moradores.

Muy tarde en la noche, ya cerca de la madrugada, Absalón me llevó hasta una hamaca protegida por un mosquitero. El viento, que se colaba por las juntas de los palos que hacían las veces de pared, neutralizaba el calor húmedo que exhalaba desde la selva. Antes de perderme en la placidez del sueño alcancé a pensar, con expectativa optimista, en lo que habrían de servirme al desayuno. Creo no engañar a nadie si digo que soñé con los fideos duros de mi madre.

Juan Carlos Orrego Arismendi es antropólogo y profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.